

¿Qué nos hace ser lo que somos?

¿Qué nos hace ser lo que somos? ¿Qué nos identifica como seres humanos? ¿Somos lo que hacemos o lo que queremos hacer, lo que hemos sido o lo que queremos ser? Es decir, ¿es nuestra cultura o nuestro origen y tendencia natural lo que nos define? Para responder a estos interrogantes tenemos que reflexionar sobre un enigma básico, que ha ocupado al pensamiento humano desde tiempos inmemoriales y aún lo sigue haciendo: ¿qué somos? Debemos tener en cuenta para ello un aspecto muy similar al de la antropología platónica, que es el de la doble realidad del ser humano: el conflicto entre la animal, -instintiva y natural-, y la racional -controladora, reflexiva y civilizadora-.

La ciencia nos dice que somos producto del azar, y que por ello pertenecemos al mundo animal de la misma manera que lo hacen el resto de los seres vivos. De acuerdo con la teoría neodarwinista, somos el resultado de cambios aleatorios (mutaciones genéticas) regulados por mecanismos naturales que han tenido lugar de forma constante y repetida desde hace millones de años. Según la teoría de la evolución deberíamos ser la especie más evolucionada, es decir, la más adaptada y, sin embargo, necesitamos transformar nuestro entorno para poder habitarlo. Esto demuestra que no somos como los animales, o como el resto de los animales, pero tenemos su mismo origen. Entonces, ¿qué ha sucedido? ¿Qué nos ha hecho adquirir esa actitud de superioridad que nos ha diferenciado de los demás elementos de la naturaleza?

El punto de partida de ese cambio es, por supuesto, la razón. «La razón es lo que nos diferencia de los animales», se lleva diciendo desde hace siglos. Y en principio lo es: es la toma de conciencia del individuo, del ser, la que le obliga a tener que denominarse con un nombre, el yo; y este simple hecho es la primera muestra de la capacidad de control sobre sus actos e intenciones. Este control apenas es visible en el comportamiento animal; un animal fundamentalmente se guía por sus instintos, aunque no carece de inteligencia. Nosotros podemos controlar los impulsos instintivos; de hecho, el gobierno de nuestra actuación en el medio, en el entorno, determina todo el desarrollo intelectual, cultural y social del ser humano. No obstante, nuestro empeño en diferenciarnos de los animales puede limitar nuestro desarrollo interactivo con la naturaleza e incluso limitar nuestra inteligencia: el autocontrol es un herramienta innata de doble filo que, siendo necesaria para nuestro desarrollo, coarta la tendencia instintiva y, en exceso, el propio desarrollo, provocando también su desvío de dicha tendencia natural o incluso su propio colapso.

Así pues, la conciencia y el autocontrol toman las riendas de nuestra inteligencia y nuestros actos, pero es de nuevo la razón la ejecutora del siguiente paso hacia el ser humano completo: la interpretación racional del medio. Esta se apoya fundamentalmente en el servicio de la inteligencia, que nos ofrece la capacidad de análisis y deducción -nivel animal-, pero que además nos conduce a la imaginación -nivel humano-. La imaginación, como característica propiamente humana, plantea un nuevo concepto propiamente humano: la realidad, sobre la cual se centra la finalidad principal, que es *explicar* lo que mediante deducción y análisis no podemos averiguar total o parcialmente. La filosofía empirista responde en gran medida a esta afirmación, poniendo además como método sustituyente a la imaginación la ciencia basada en la reflexión de las evidencias. Pero veamos cómo la imaginación influye en la concepción de la realidad del ser humano en un ejemplo: un ser humano primitivo, con una capacidad de deducción y un mediano conocimiento del medio, encuentra en una cueva un hueso de un dinosaurio ya extinguido. Lo coge y lo observa, y su inteligencia intenta relacionarlo con algo que su cerebro haya visto antes. Como no lo hace, su inteligencia se sirve ahora de la deducción: el hueso debe de ser un trozo de madera podrido de algún árbol, o de un animal desconocido. Pero ante la ausencia de una certeza absoluta, la inteligencia opta por la expansión de la deducción a categoría de imaginación: el hueso debe de ser de un monstruo que habitaba la cueva y que fue abatido por algún antepasado para comer su carne. Así, lo considera un trofeo familiar y, llevandoselo, lo trata como tal, relatando esa historia a sus hijos, los cuales se la contarían a los suyos, y así sucesivamente, en forma de tradición oral. Este mecanismo de deducción que se observa nos es familiar: es el germen del método científico, pero también de la *cultura*. ¿Qué implica esto? Los empiristas estaban en lo cierto: el conocimiento no es nunca objetivo ni puede conocer toda la verdad, sino que su desarrollo es limitado al depender de lo experimentado y recogido en nuestra memoria. Así pues, la deducción del hombre primitivo solo podía estar relacionada con algo que ya hubiera vivido antes (la caza como medio para alimentarse, la existencia de animales fieros que residen en lugares recónditos, etcétera), de la misma manera que la cultura derivada de ella, que además se fundamenta en algo no vivido pero conocido -algo ficticio-. Pero si este humano primitivo no hubiera encontrado el hueso, ese proceso no habría sucedido, y habría sido sustituido probablemente por otro, aunque habría sido para él de igual manera *cierto*. ¿Quién nos podría negar la existencia de los dinosaurios? El ser humano, pues, mediante su imaginación, necesita *crear* una nueva realidad ajustada a su conocimiento, y basarla sobre la que no conoce para poder explicarla.

De esta manera, para nosotros solo existe lo que conocemos, y lo que no conocemos, no existe -aunque la inteligencia no nos niega la posibilidad de que exista-. Vivimos en la realidad que hemos creado gracias a la interpretación que da la razón del conocimiento -que es lo que denominamos cultura-, y creemos en la verdad que hemos tomado por cierta para conocer nuestro entorno -la ciencia-.

Entonces, ¿somos esencialmente humanos porque poseemos cultura, porque somos capaces de crear realidades ficticias? Sí, aunque no solo por eso. Como decía antes, es esa tendencia derivada de la razón a diferenciarnos de los animales, a rechazar nuestra naturaleza, la que hace irónico que los seres humanos seamos uno de los últimos eslabones de la cadena de la evolución y a la vez incapaces de habitar nuestro entorno sin tener que transformarlo. Existen animales que también transforman el entorno, pero no en la medida en que nosotros lo hacemos, y sobre todo porque todo producto de nuestra transformación no es natural, sino *artificial*. ¿Cómo un ser de origen natural no es capaz de crear elementos de origen natural? Los seres humanos abandonamos los árboles y después abandonamos las cuevas, empezamos a convertir los instrumentos naturales en instrumentos artificiales. Hemos abandonado la naturaleza para crear la nuestra propia, con nuestras junglas de asfalto, cemento y acero; somos incapaces de desarrollarnos como sociedad sin deteriorar nuestro ambiente. ¿Es entonces la razón, y por tanto la cultura, elementos dañinos para la naturaleza? Una actitud derrotista afirmará tal enunciado («La humanidad acabará con su propio hogar»), pero si nos ponemos a reflexionar, nos encontramos con una evidencia innegable: la naturaleza no crea nada artificial. Así, ni la razón ni la inteligencia ni nosotros mismos deberíamos poder producir elementos artificiales. Sin embargo, poseemos una tecnología que, irónicamente, intenta imitar la eficiencia de la naturaleza. Y es en este proceso de desarrollo de la técnica en el que nuestro autocontrol ha influido demasiado, lo cual se acentúa si dicho proceso se da en un entorno alejado de la verdadera naturaleza. El desarrollo derivado de nuestra inteligencia ha creado una realidad artificial basándose en la intervención y transformación de la naturaleza, al no haber sido capaz el hombre de interpretar su lugar como animal en el entorno. Por eso, la cultura creada *en* la naturaleza ha quedado olvidada, siendo sustituida por la creada *sobre* la naturaleza, y con una transformación y uso artificiales de sus elementos, hemos optado por un desarrollo paralelo que, lejos de nuestra tendencia natural, ha dañado nuestro planeta.

No obstante, el regreso a la cultura natural es un hecho inevitable, puesto que, aunque vivamos en nuestra realidad, esta se basa en la naturaleza, la verdadera realidad (todo es *physis*, decían los filósofos presocráticos) y su tendencia perfecta y cíclica, la que nos devolverá a nuestro origen natural de una manera u otra. Ese punto de inflexión puede estar dado bien por un colapso del desarrollo paralelo, bien por una evolución del mismo gracias a un cambio de mentalidad que conjugue la esencia animal y racional humana. Es decir, la naturaleza -realidad verdadera- podrá hacer que la cultura -realidad humana- converja en ella. Sin embargo, es imposible una involución de la cultura o su práctica desaparición sin que desaparezca antes la razón -mientras exista razón, existirá cultura-.

En conclusión, los seres humanos nos diferenciamos de los animales a causa del azar mediante la razón, que nos otorgó el autocontrol y la inteligencia, capacidad que implicó el desarrollo nuevas herramientas como la deducción, la cual derivó en imaginación, que nos dio a su vez la posibilidad de desarrollar una cultura y una sociedad, creando nuestra propia realidad humana sobre la natural, pero olvidando de esta manera nuestro origen animal. Fueron quizás responsables de esta desviación las capacidades de la inteligencia y el autocontrol, que, en detrimento de la mera interacción directa hacia el entorno, propia de los animales, realizaron una excesiva labor de conciencia sobre el yo y la intención sobre el medio, incitando a la transformación del mismo de forma tan diferenciada y antinatural como nuestra razón nos hacía creer que éramos. Somos animales racionales que necesitamos crear nuestra propia realidad, nuestra propia cultura, para entender la auténtica realidad, la naturaleza, de la que procedemos y, aunque la razón nos confunda -pues somos humanos, al fin y al cabo-, gracias a ella debemos fijar en la verdadera realidad el objetivo de nuestra sociedad. Lo que hacemos es lo que somos, lo que hagamos es lo que seremos.

Logos